

México y Brasil

Una mecha llamada Bolivia

Guillermo Almeyra/II y último

Como decíamos en el artículo publicado el viernes último, la diplomacia mexicana había tratado de intervenir, con la gira presidencial, para evitar que la aproximación entre Brasil y Argentina fuese demasiado rápida y demasiado completa. La intención, legítima, no corresponde a las posibilidades reales ni correspondió, por consiguiente, a los resultados. Para colmo, al descontento brasileño ante el evidente propósito de Tlatelolco y ante el cuidado con que Relaciones Exteriores de México había programado la gira, para que ante todos quedase claro que López Portillo pasaba por Brasil sólo viniendo de Nicaragua y Costa Rica y yendo a Cuba, se sumó un elemento impensable para México (no así para Brasil, que había intervenido en su preparación): el golpe gorila en Bolivia.

Ya Figueiredo, a su vez, recibía a López Portillo en vísperas de su recepción a Videla y de su viaje a Chile y poco tiempo después de haber visitado Buenos Aires. De modo que pocas dudas quedaban sobre el intento geopolítico brasileño de reproducir en el Cono Sur el famoso ABC (Argentina, Brasil y Chile) con las direcciones militares de los tres países unificando sus políticas, entre otros, contra México. Por otra parte, como decimos, Tlatelolco había programado el viaje presidencial precisamente para salir al paso a este intento y para buscar un mejor entendimiento con Brasil de modo de evitar esa ruptura frontal. La situación económica y social brasileña daba a la diplomacia mexicana algunas cartas importantes. Pero el golpe boliviano, hecho con mano argentina pero programado conjuntamente con el Estado mayor brasileño, echó por tierra esos cálculos.

López Portillo se encontró, en vísperas de la gira, enfrentado a Brasil en el asunto boliviano y con un eje brasileño-argentino fortalecido por el golpe de García Meza (y por la necesidad argentina de disponer del gas y de los combustibles bolivianos, entre otras cosas, para reforzar su complementación económica con Brasil, y de Brasil, por su parte, de disponer del hierro boliviano para aliviar su propia situación económica). Aunque México trató de salvar lo salvable insistiendo en la OEA en que no prohijaba el texto de condena a los golpistas bolivianos sino

que, simplemente, lo apoyaba, las declaraciones del licenciado Luis Javier Solana, coordinador de Comunicación Social, pidiendo la libertad de su homólogo boliviano, y la propia actitud de López Portillo, en su gira, con relación a Pinochet, chocaron al gobierno del general Figueiredo, padrino de los golpistas junto con el de Videla, y amigo del dictador chileno (Figueiredo, no hay que olvidarlo, fue durante muchos de los más duros años de la dictadura, jefe del Servicio de Información del Ejército).

En tales condiciones, Itamaraty hizo todo lo posible por marcar a los mexicanos que Brasil no iba a cambiar su política en el Cono Sur para obtener una patente de democrático, y nada más que eso. La terrible frialdad del protocolo, los errores técnicos que oían mucho a voluntarios y los *gafes* de la diplomacia más vieja y mejor preparada de nuestro continente se encargaron de mantener las distancias sin, por ello, llegar al incidente diplomático directo o romper los puentes entre ambos países, pues la situación brasileña, en lo económico y en lo político, es demasiado inestable como para que el gobierno de Figueiredo se pueda permitir ese lujo.

El resultado del viaje presidencial mexicano fue, pues, un hermoso montón de buenas palabras y muy pocos hechos concretos. Incluso las mismas declaraciones democráticas y tercermundistas provienen de la necesidad en que se encuentran los pragmáticos de Itamaraty de establecer relaciones diplomáticas y comerciales con el mundo árabe y con los países africanos, empezando por las ex colonias portuguesas, donde Brasil pretende desplazar a Lisboa, para tener petróleo y para vender su tecnología y sus mercancías industriales que sólo pueden penetrar en ese tipo de mercados, semicautivos. Brasil, que está entre los países menos desarrollados pese a ser uno de los más desarrollados del grupo, y entre los países no exportadores de petróleo, trata ahora de tocar también en la tecla de la solidaridad tercermundista y de la lucha por un Nuevo Orden Económico Internacional. Pero eso no puede contarse en el activo de la diplomacia mexicana sino en el de la crisis, que convierte en santo al pecador.